

LA PROTESTA HUMANA

PERIODICO ANARQUISTA

SUSCRIPCIÓN

Semestre \$ 1.00
Año \$ 2.00
Paquetes de 25 ejemplares 1.00.
Pago adelantado

Sale un Domingo por otro

NUMERO SUELTO: CINCO CENTAVOS

DIRECCIÓN:

G. LAFARGA
Calle CHILE Núm. 2274
BUENOS AIRES

Producción y Miseria

Tcherkesoff ha demostrado (1) con cifras elocuentemente exactas la falsedad de la ley de concentración del capital, formulada por Carlos Marx, error en que todos los socialistas de diversas escuelas habíamos tenido una fé ciega y en virtud del cual se creía que el capital se concentra cada día más entre las manos de un número de capitalistas más restringido á costo de las pequeñas fortunas que acababan por ser totalmente expropiadas.

De las estadísticas, tomadas en diferentes países, se desprende, aun teniendo en cuenta el aumento de población, á partir de los años 1850 hasta nuestros días y teniendo en cuenta también el término medio en todos los países, que no ha disminuido el número de los grandes y pequeños potentados, antes al contrario, el número de estos últimos ha aumentado mucho más rápidamente que el de los primeros, en forma que mientras en los primeros se observa un aumento de 300,0 en la pequeña burguesía el aumento es de 77 0/0.

Dejando á un lado las consecuencias que para la propaganda del socialismo haya tenido este error, estas cifras demuestran que la producción aumenta sin cesar, mucho más rápidamente que la población, según ya demostró Proudhon echando por tierra la teoría malthusiana (2); y el hecho de que á pesar de este aumento el proletariado se muera de hambre, y las crisis se hagan crónicas en todos los países, revela, con sangrienta evidencia, la gran injusticia de nuestra organización social: la acaparamiento.

Y sin embargo, ni cifras, ni hechos, ni resultados, dicen nada al cerebro del obrero. Acostumbrado en su ignorancia á no remontarse hasta las causas que ocasionan su ruina como clase, ha perdido el hábito de investigación gracias á la sífilis que el cristianismo inoculó en su organismo educándole siglos y siglos en la resignación y en la mansedumbre.

Y sin embargo, se produce en abundancia para todos. Las cifras están aquí para demostrarlo. Ya no se trata de teorías más ó menos utópicas, de filosofías del sentimiento, de disertaciones abstractas. Huelgan las generosas aspiraciones de justicia basadas en suposiciones más ó menos gratuitas. Las matemáticas reinan dueñas y señoras, dispensado-

ras de una verdad absoluta. La economía burguesa no puede tachar á las escuelas socialistas de perturbadoras del orden, de demoledoras «porque sí».

Estos 30 y 77 0/0 son más elocuentes que todas las palabras. Esta *triplificación* del número de pequeñas fortunas, este aumento del de los potentados del capital, demuestra una fuerza inmensa de producción efectuada por el proletariado en único y exclusivo beneficio de las clases poseedoras, y que esta fuerza de producción podrá aún aumentar si el parasitismo se dedicará al trabajo en lugar de dedicarse,—por obra y gracia del monopolio y de la propiedad privada, servidas por una ciencia económica falsa y una educación autoritaria, á la *nobilísima* tarea de robar al prójimo, que no otra cosa significa.

Por regla general el trabajador no ve este robo, no se dá cuenta de como se efectúa. Todo lo más que hace es sospecharlo, intuirlo.

Quiénes lo ven claramente son los economistas burgueses interesados en no divulgarlo, y unos cuantos alucinados demagogos... envidiosos sin duda alguna, al decir de los primeros.

La clericalia predicando la fé, la filosofía oficial enseñando el respeto al principio de autoridad en escuelas y universidades, el inmundo cuartel truncando en la juventud todas las nobles aspiraciones, la rutina, la santa rutina, reemplazando en el pueblo el muerto espíritu de investigación y la resignación de una moral impura adrede mantenida, son los cómplices de este robo que dura siglos.

El pueblo intuye, maldice su suerte, y nada más. Su ignorancia védale hallar un remedio á los propios males que lamenta.

Y sin embargo, el remedio es sencillísimo. Bastaría que trabajara para sí solo, en lugar de trabajar para los otros. El día que *indignamente* se hiciera este propósito, mucho antes de llevarlo á la práctica, los menos para los cuales hoy trabaja, pediríanle humildemente les dejara tomar parte activa en la producción.

Pero es esta *unanimitad* de propósitos lo que hace falta al pueblo. Y esta unanimidad no se obtendrá hasta que el pueblo se haga habituado á perder el respeto á la autoridad, hasta que deje de ir al cuartel, cuando no se resigna más con su suerte, cuando reemplaze la fé con la razón, la rutina con el espíritu de investigación, en una palabra; cuando *quiera* saber el «por qué» de su miseria y sufrimientos.

QUERERLO; hé aquí el punto inicial del cambio. Una vez lanzado en el camino del «querer saber, querer cambiar», hallará pronto la «unanimitad» en un firme propósito de no enriquecer por más tiempo á los menos que hoy le explotan, y no parará hasta la lógica conclusión de *trabajar para el bienestar y la felicidad de todos*.

Pueblo; quiere esto y el triunfo es tuyo.

J. PRAT.

LUCHA Y SOLIDARIDAD ES PROGRESO

No creo que nazcamos á la vida exclusivamente para luchar, pero creo, sí, que la lucha es tan indispensable á la vida como indispensables son á la integridad orgánica las exigencias fisiológicas debidamente atendidas. Renunciar á la lucha social y humana, que es la lucha por el progreso, valdría tanto como renunciar á la vida misma.

Lucha el marino con las borrascas, el químico con las substancias diluidas en la retorta, el filósofo con los mamotretos trazados desde Platón hasta Tolstói, el físico con las anomalías cósmicas y todos á una luchamos dentro del círculo que ofrece nuestra actividad no porque el marino, el químico, el filósofo y el físico tengan por misión única aquella lucha, sino porque constituye uno de los elementos indispensables para su vida; porque en ello recibe su existencia un aditamento de goce que suprimido convertiría á la vida en insostenible carga. Claro está que la lucha que hoy sostenemos es, con raras excepciones, involuntaria y agena á nuestros designios; vémonos forzados á aceptarla so pena de perecer en la contienda sin ensayar nuestro ánimo. Pero de este ir y venir continuo, sin orden ni concierto; de esta brega constante que suele dejarnos aniquilados sin haber logrado siquiera hacer conocer nuestro intento á aquella aspiración incompatible con el temperamento y necesidades humanas, que consiste en entregarnos á perpetua modorra, hay una distancia enorme. No obstante, el resultado es más ó menos idéntico.

Así como la lucha encarnizada que nos vemos forzados á admitir anula nuestras energías ó las esteriliza sometiénolas á pruebas demasiado rudas y á incongruentes contrastes, la inacción es por sí sola el más temible enemigo de todo progreso, que ni aún permite al hombre poner en ejecución, para apreciar su potencia,

las fuerzas de que dispone. En el primer caso, malgrado las dificultades que se nos opongan, podemos dejar marcado nuestro paso en la vida con una piedra aportada á los cimientos del nuevo edificio, con un tornillo para la máquina proyectada, con una máxima para la futura escuela, con una idea que agregará poder á la mole artística que se aboceta, con un consejo que marcará á nuestros sucesores el sendero por donde han de marchar; pero en el segundo caso, no tan solo desaparecemos agenos á las satisfacciones que proporciona la labor fructífera, sino que también privamos á nuestros congéneres de un obligado curso.

No puede negarse que lo primero entraña un sano egoísmo, aspiración al goce individual, porque evidentemente lo es; pero un egoísmo conveniente á los fines humanos y sociales. El que cae rendido ó destruido en medio del fragor de la batalla es un egoísta, puesto que cae defendiéndose, y defenderse es rendir tributo al natural instinto de conservación. Cuando vamos en pos del goce luchamos con el tedio; y el goce podemos encontrarlo, por ejemplo, luchando contra las instituciones sociales que nos amenazan, no obstante esta lucha reportarnos como único premio el encarcelamiento y el desdoro y el sacrificio del propio bienestar. Podríamos vivir con más holganza á la sombra de aquellas instituciones si nos prestáramos á todo género de apostasias y capitulaciones; pero esto, que á otros reportaría goce, es para nosotros un padecimiento. Y he aquí como el criterio individual puede ensanchar el egoísmo hasta el más puro altruismo, llegando á la abnegación y al martirio. Podrá esto ser contrario al interés material del individuo,—y no lo es desde el momento en que con ello goza su persona, superior al rumiante y al bárbaro, que desconocen las ansias morales;—pero de cualquier modo, con la sabia y metódica dirección de sus acometidas, defendiéndose de las asechanzas de la naturaleza ó de los ataques sociales, suma bienestar á la colectividad sin abjurar del propio y natural egoísmo. Lanzóse á la pelea porque así convenía á sus fines y lo que conviene á los fines individuales debe y puede convenir á los fines colectivos.

Evidentemente en razonamiento tal, como en todo, entran los distintos modos de apreciación y por ello que en nuestra sociedad beneficia á un hombre perjudica á ciento; mas esta anomalía, como digo, es inde-

(1) Páginas de Historia socialista.
(2) Sistema de las contradicciones económicas, ó Filosofía de la miseria.

